

DIOS Y EL SUFRIMIENTO HUMANO

FRANK PACK



Como creyentes que somos en el Dios de la Biblia, uno de los problemas más difíciles que se nos presenta es entender el sufrimiento humano. ¿Cómo puede Dios —a quien la Biblia presenta como un Dios infinitamente bueno y amoroso, y también todopoderoso— permitir tanto sufrimiento en medio de Sus criaturas en el mundo? ¿Le importa verdaderamente a Dios? ¿Por qué permite Él los horrores de la guerra? ¿Por qué deben sufrir tanto los inocentes? ¿Por qué debe producir la enfermedad tan espantoso dolor? ¿Por qué deben nacer bebés deformes o que carecen de capacidad mental? Estas y muchas otras preguntas semejantes se plantean a menudo —no solamente los que están fuera de la iglesia, sino también los mismos cristianos. Este problema puede llegar a ser tan agudo que la fe de algunos naufraga en las rocas del sufrimiento humano, como ya ha sucedido. Aunque puede que no encontremos una solución satisfactoria para este problema, tal vez este estudio pueda aliviar las luchas de los demás, y ayudar a cada uno de nosotros a entender el sufrimiento de un modo más profundo.

El sufrimiento incluye no sólo el dolor físico, sino también las desilusiones, las frustraciones mentales, las pérdidas y las tribulaciones del corazón humano. Puede que estas luchas sobrevengan con una repentina devastación, o que abrumen nuestro espíritu de forma gradual.

El ser cristiano no hace que el problema del sufrimiento se vuelva más fácil de resolver; sino más difícil. El que no cree en Dios no tiene problema para explicar el sufrimiento y la tragedia. Si el universo no tuviera sentido, sino que sencillamente fuera una máquina inerte, ¿cómo podría tener preocupación alguna por los seres humanos? A un

mundo así no podría «importarle» que los hombres sufran o no, porque no tendría la capacidad de «importarle». En un mundo sin significado, no habría necesidad de buscar una razón por la cual ocurre la tragedia. El hecho en sí de que uno cree en un Dios personal —un Dios que es redentor, sacrificado, amoroso y que se preocupa infinitamente por el hombre— vuelve más agudo el problema. No obstante, el ateo tampoco se libra de problemas con negar la existencia de Dios. Puede que no tenga que dar cuenta del sufrimiento o del mal que hay en el mundo, pero enfrenta un problema mucho mayor, que es el de explicar el desinterés, la bondad y el heroísmo de los que viven y mueren por los demás. ¿Cómo puede explicar la nobleza de los que mueren por sus convicciones de lo que es justo? Estas son las personas que el mundo considera sus más grandes héroes, ejemplos históricos de las más excelentes cualidades de la humanidad. Si las cualidades nobles y heroicas del hombre fueran solamente el resultado del agrupamiento casual de átomos, ninguna explicación podría darse, ni habría razón alguna para el universo. Así, todo lo que el hombre ha pensado acerca del sentido del mundo se reduciría a un simple absurdo. ¡Aunque el incrédulo se libra de un problema, es confrontado con uno mucho más difícil!

ALGUNAS «SOLUCIONES» ERRÓNEAS

¿Cuáles son algunas de las «soluciones» erróneas que se han propuesto para el problema del sufrimiento?

«El sufrimiento es ilusión»

Una solución que han mantenido los idealistas

absolutos de la filosofía, y que fue popularizada por Mary Baker Eddy,¹ es que todo sufrimiento es ilusión. Según este punto de vista, el dolor y el sufrimiento sencillamente son producto de nuestras mentes distorsionadas, y no pueden existir fuera de la mente en sí. Si toda experiencia de mal es subjetiva, entonces solamente puede existir en la mente del observador y no es parte de la realidad objetiva. Así, el pensar erróneo y el sufrimiento se consideran una misma cosa. En el momento en que la persona corrige su forma errada de pensar en cuanto al dolor, su sufrimiento supuestamente desaparece.

Es absurdo decir que toda tragedia del mundo es únicamente imaginaria. Si así fuera, entonces tenemos un mundo lleno de mentes que siempre están imaginando problemas tan monstruosos, que esto llega a ser un preocupante problema en sí mismo. ¿Por qué debería la mente imaginar tales males, si en realidad ninguno de ellos existe? Al que ha perdido su vista en un accidente, sería absurdo decirle: «Tu ceguera no es real; está en tu mente». A una madre y un padre que han perdido a su hijo, ¿qué más absurdo podría haber que decirles?: «Ustedes sólo se imaginan que su hijo no está. El problema de ustedes es solo una ilusión; su hijo no está muerto».

Todo el que cree en la Biblia sabe que el sufrimiento es tan real como las espinas que horadaron la frente de nuestro Señor Jesucristo, y como los clavos que desgarraron Su carne. Bien podríamos decir que los discípulos fueron inducidos al error de creer que Jesús sufrió y murió en la cruz, y que el evangelio en sí es el resultado de imaginaciones malignas, al ceñirse a esta falsa noción acerca del dolor. Los dos anteriores padecimientos son partes de la misma idea.

«Dios está limitado»

La siguiente propuesta surge de una percepción tan aguda del problema, que trata de buscar la solución de este en el concepto de un Dios finito. La idea es que Dios, a pesar de ser un bueno y noble campeón de justicia, es incapaz de hacer Su voluntad en forma completa. Se dice de Él que está limitado por fuerzas malignas contra las cuales está luchando en el universo. Los que se adhieren a este punto de vista creen que nos enfrentamos, no con deficiencia de la criatura, sino con incapacidad del Creador. La filosofía de ellos mantiene que la voluntad eterna de Dios enfrenta obstáculos que ella no creó, y que estas condiciones impiden que tal voluntad se cumpla. Nos hacen creer que Dios está haciendo lo que puede para oponerse al mal y

para hacer el mundo tan bueno como sea posible, pero que Él está limitado. Creen que Dios necesita nuestra ayuda porque los resultados de las luchas mundanas están en duda. Según su manera de pensar, toda alma que está peleando del lado de Dios está sumando a Su fortaleza en la lucha, contribuyendo a la posible victoria del bien.

Podemos ver fácilmente que este punto de vista no da cuenta del mal que hay en el mundo, sino que sólo busca explicar la lucha en términos de un Dios que no es completamente capaz de llevar a cabo Su voluntad debido a fuerzas externas que se le oponen. Aunque gran cantidad de filósofos modernos, encabezados por E. S. Brightman de la Boston University, se han adherido a tal punto de vista, este jamás ha tenido amplio atractivo como solución del problema. El concepto de un Dios finito contradice la enseñanza de la Biblia en el sentido de que Dios es todopoderoso y completamente capaz de cumplir Sus propios propósitos en el mundo, pues «para Dios todo es posible» (Mateo 19.26).

«Todo sufrimiento es resultado del pecado»

Una tercera «solución» errónea, para el problema del sufrimiento humano, es la idea de que el sufrimiento es causado siempre por el propio pecado de uno. El único punto fuerte de este punto de vista, que se puede considerar verdadero, es que el pecado produce sufrimiento. Gran parte del dolor del mundo de hoy día es el resultado de la maldad y de la insensatez de hombres egoístas que se han aferrado a sus fines egoístas a lo largo de las edades. Cuando hacemos mal y padecemos por ello, no deberíamos tener gran problema para entender por qué sufrimos. No obstante, esto no lo explica todo. No explica el sufrimiento de los inocentes. No es correcto decir que todo sufrimiento se debe al pecado, como si los problemas de un hombre fueran castigos por alguna gran deficiencia de su carácter o de su vida.

Los amigos de Job erraron al acusar a este de alguna maldad oculta como la causa de su desdicha. Vieron que estaba sentado en ceniza, que su cuerpo estaba plagado de repugnante enfermedad y atormentado por el dolor, que su esposa se volvió en contra suya, que su familia estaba muerta y que su propiedad había desaparecido. La calamidad había sobrevenido repentinamente a su casa. «Job, no hay duda de que algún serio pecado debes de haber cometido, si no fuera así, no estuvieras sufriendo tanto», decían sus amigos. «Arrepiéntete y confiesa, y tal vez Dios te vuelva Su rostro una vez más». La mayor parte del libro de Job es la

protesta con que Job rebate tales acusaciones, al defender su integridad y negarse a aceptar este falso punto de vista acerca de su propio sufrimiento. Esta tribulación le proporciona una sabiduría más profunda en cuanto a sus problemas.

Jesús indicó en el Nuevo Testamento que aquellos cuya sangre Pilato había mezclado con la sangre de sus sacrificios, no eran más pecadores que los demás habitantes del país:

¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente (Lucas 13.2-5).

Con palabras que no podrían ser más claras, nuestro Señor desechó la idea de que los padecimientos se deben siempre a la maldad de los que sufren.

En otra ocasión, en que se encontró con un hombre ciego de nacimiento, los discípulos le preguntaron a Jesús: «Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él» (Juan 9.2-3). La causa de la ceguera no era ni el pecado de los padres, ni el pecado del hombre nacido ciego. El sufrimiento de Cristo mismo debería ser suficiente para rebatir la idea de que todo sufrimiento constituye un castigo por los pecados de uno, pues las Escrituras enseñan claramente que Él «no hizo pecado» (1^{era} Pedro 2.22). No obstante, Él sufrió —el Justo por los injustos— para que pudiera redimirnos. Aunque el pecado puede causar sufrimiento, él no es la explicación de toda forma de sufrimiento, ni la Biblia lo acepta como la explicación del sufrimiento. Lo anterior debería resolver de una vez por todas el asunto para los cristianos.

Ahora que ya hicimos notar algunas «soluciones» erróneas, debemos reconocer que nadie podrá afirmar que ha arribado a una solución completa del problema del sufrimiento humano. Muchos aspectos del problema trascienden nuestra capacidad para entender. Tampoco es posible agotar el tema en una lección. No obstante, tal vez algunas de las ideas propuestas aquí nos ilustren sobre los padecimientos que sufrimos y que vemos en las vidas de los demás.

Los que tratan de reconciliar la fe con el

sufrimiento enuncian el problema de la siguiente manera: «Si Dios fuera bueno, Él desearía hacer felices a los hombres; y si fuera todopoderoso, sería capaz de hacer lo que deseara. Puesto que Sus criaturas no son felices, ello debe de ser, o porque Dios no tiene poder, o porque no tiene bondad, o porque no tiene ni lo uno ni lo otro».

OMNIPOTENCIA Y BONDAD DE DIOS

Una nueva evaluación del significado de la omnipotencia de Dios y de Su gran amor por el hombre, puede aclarar algunos de los conceptos erróneos que persisten en nuestras mentes. ¿Qué quiere dar a entender la Biblia al decir: «Para Dios todo es posible» (Mateo 19.26)? ¿Significa que Dios puede hacer un nudo que no puede desatar? ¿Puede Dios crear un círculo cuadrado? Al hacer tales preguntas, los hombres están sencillamente haciendo juegos de palabras. El hecho de que podamos combinar palabras de esta manera, no significa que digan algo. Dos cosas mutuamente exclusivas no se pueden hacer, porque, si así fuera, el mundo sería un absurdo. La omnipotencia no significa que Dios puede hacer cualquier disparate que a alguien se le pueda ocurrir. Más bien, debe entenderse en relación con los demás atributos de Su naturaleza, en completa armonía con ellos. Dios es todopoderoso para lograr lo que está de acuerdo con Su naturaleza y voluntad. Hasta la misma Biblia dice que hay algunas cosas que Dios no puede hacer por ser Dios. Dios no puede mentir (Hebreos 6.18), no puede tentar a nadie con maldad, ni ser tentado (Santiago 1.13), y no puede ver el mal con aprobación (Habacuc 1.13). El hacer estas cosas iría en contra de Su misma naturaleza.

El Dios omnipotente creó al hombre con la capacidad de elegir, de ejercer libre albedrío al tomar decisiones en su vida. Dios se impuso una limitación sobre Su propia voluntad cuando hizo provisión para el ejercicio del libre albedrío del hombre. La omnipotencia de Dios no está en modo alguno en peligro por el hecho de que Él se haya limitado voluntariamente al crear hombres con libre albedrío a ser ejercido en este mundo. Esta limitación que Dios se impone a sí mismo no supone ningún poder externo, sino que procede de Su misma naturaleza.

Al preguntarse uno por qué creó Dios hombres con libre albedrío, sabiendo que esto acarrearía la posibilidad de que los hombres hicieran elecciones erróneas con el consiguiente sufrimiento, sólo puede haber una respuesta: Dios estaba dispuesto, en Su sabiduría y amor infinitos, a asumir el riesgo

que suponía esto, y lo hizo con el fin de poder tratarnos como personas y de darnos la libertad de servirle de buena gana, o de rechazarlo. Asumió este riesgo con el fin de hacernos como Él en el aspecto moral y espiritual. Dios trabaja con hombres por medio de apelar a la mente y a la voluntad de seres humanos, usando la persuasión en lugar de la coacción. Por lo tanto, muchos de los males del mundo suceden por la obstinada voluntad de los que han desechado el camino de Dios. Si el libre albedrío ha de tener algún sentido, entonces ni siquiera Dios mismo podría meterse en la vida de uno y obligarlo, contra su voluntad, a seguirlo a Él, tan sólo porque Él lo desea. La decisión es toda del individuo. Ningún concepto de la omnipotencia de Dios que elimine la libertad del hombre para elegir y la responsabilidad de este por sus actos y decisiones, podría estar de acuerdo con las enseñanzas de la Palabra de Dios.

Debido a que decimos que Dios es amor, la gente de hoy día se imagina a Dios como una especie de Papá Noel, o de abuelo. Creen que Su mayor preocupación es cerciorarse de que Sus criaturas tengan lo que se les antoje, y que la pasen la mar de bien sobre la tierra. ¡Cuán distorsionado concepto del amor es este! Cuando las experiencias de la vida hacen añicos ese sueño, muchos dicen: «No puedo creer en un Dios que no me dé lo que pedí [o lo que me parece mejor para mí]». Después de cuidadoso estudio, el cristiano se percata de que las figuras y las analogías que se usan en la Biblia para describir el amor de Dios por los Suyos, jamás presentan a nuestro Padre como un abuelo indulgente.

A Dios se le representa como un alfarero que trabaja cuidadosa y esmeradamente sobre su vaso de barro. Es como un constructor que habilidosamente da forma a las piedras y las coloca para erigir un hermoso templo que será Su máxima obra maestra. Es como un pastor que se dedica a velar por su rebaño y a protegerlo del peligro, un padre que disciplina y corrige a los hijos en quienes tiene complacencia. A Dios se le representa siempre en las Escrituras como uno que prodiga amoroso cuidado a nosotros. Ese amor nos causa dolor porque Su santa mirada encuentra en nosotros mucho mal que ofende y repugna Su pureza. Dios tiene que trabajar con nosotros para hacernos personas más amables, más parecidos a Su santa y pura naturaleza. Aunque puede que le agraden los triunfos que tengamos sobre nuestras debilidades, Él no ha acabado con nosotros mientras todavía vea algo que no es tan bueno como debería. Nos disciplina, capacita y prepara con el fin de

que podamos pasar la eternidad con Él. Ningún concepto del amor de Dios que no dé cabida a Su disciplina, será apropiado. El cuidado que Él nos prodiga recalca cuán grande es Su amor por nosotros, y cuán profundamente le preocupa que seamos como Su amado Hijo, Jesucristo nuestro Señor.

LA NATURALEZA DEL UNIVERSO

Otra verdad que puede ayudarnos a entender el lugar del sufrimiento dentro del plan de Dios, radica en la naturaleza del universo en sí. Una de las más notables características del mundo natural es su uniformidad. La ciencia en sus diversos campos se construye sobre el concepto de la regularidad del mundo natural. La tendencia de la materia a comportarse de una manera constante puede enunciarse en términos de «leyes». La operación de estas «leyes» (o principios de uniformidad) de la naturaleza, faculta al hombre para vivir, para sojuzgar la tierra y para usar sus fuerzas para su propio bienestar. La misma uniformidad de la materia que proporciona la oportunidad para que hombres buenos la usen para buenos propósitos también les facilita a hombres de mala voluntad el uso de la materia para malos propósitos. El acero que puede servir de estructura para edificios de educación, cultura y adoración puede también usarse para las fuerzas blindadas con que los hombres pelean, aun cuando la causa que promuevan sea injusta.

El fuego, por ejemplo, es un maravilloso instrumento para el hombre, si se usa correctamente. Calienta nuestras moradas, cocina nuestros alimentos y produce energía para hacer funcionar máquinas y poner en operación fábricas. Sin embargo, el fuego que a cierta distancia calienta y abriga el cuerpo del hombre, puede producir daños trágicos al cuerpo cuando entra en contacto más estrecho con este. El fuego que consume la leña con que uno cocina su alimento, puede también reducir a cenizas la aldea donde uno vive, a menos que se someta al control mediante el uso de otras fuerzas naturales.

¿Qué pasaría si cada vez que el fuego pusiera en peligro a una persona o su propiedad, Dios suspendiera las leyes que gobiernan el comportamiento del fuego? ¿Qué tal si Dios interviniera cada vez que una persona decide que las propiedades del fuego no se adecuan a sus propósitos? Con la constante intervención, uno no podría saber si el mundo natural se comportará normalmente en una situación dada. ¡Qué gran caos se crearía! Multiplíquese ese caos por todas las fuerzas naturales del universo. Si no hubiera leyes naturales, el

libre albedrío y la responsabilidad moral serían eliminados; las acciones erradas serían imposibles. Es una gran bendición que Dios no intervenga en la operación natural de Su mundo para dar gusto a todo capricho del hombre.

Del mismo modo, Dios no promete a los Suyos que seremos inmunes al sufrimiento, como un galardón por ser fieles. A menudo se plantea la pregunta que dice: «¿Por qué prosperan los iníquos, y los justos muchas veces la pasan mal?». El autor del Salmo 73 forcejeó con este problema hace mucho tiempo. En el Nuevo Testamento, Dios no promete a los Suyos que Él proveerá «protección divina» para guardarlos de los males que comúnmente aquejan al hombre. Dios no ha prometido a los cristianos que los protegerá del cáncer ni de otras enfermedades que causan estragos. El hecho de que yo sea cristiano no significa que Dios protegerá a mis seres queridos de la muerte. El ser cristiano no me garantiza protección de accidentes en la carretera. Si Dios prometiera tales favores especiales a Sus hijos, se interrumpiría el funcionamiento de las leyes naturales cada vez que un hijo de Dios enfrente peligro. En lugar de servir a Dios motivados por el amor y la voluntad del corazón, la gente le serviría con el fin de tener una especie de seguro cósmico contra la calamidad, el sufrimiento y la muerte. La religión se reduciría a nada más que un negocio ventajoso; desaparecerían el desinterés y la oportunidad de servir a Dios con un corazón puro y con motivos desinteresados.

LA VIDA CON LOS DEMÁS

«Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí» (Romanos 14.7). En el anterior enunciado se encuentra otra explicación para el problema del sufrimiento. Gran parte del sufrimiento inocente se debe a que la gente vive en grupos; de modo que lo que uno hace, afecta las vidas de los demás. Considere lo que sucede cuando un hombre ebrio conduce su auto zigzagueando a gran velocidad por una carretera atestada de vehículos, con sus sentidos adormecidos por el alcohol. Grandes cantidades viajan por esa carretera —ciudadanos respetuosos de la ley, en condiciones de hacer uso pleno de sus sentidos debido a que están sobrios. Estos conducen por el lado de la carretera que les corresponde y respetan las leyes de tránsito. No obstante, puede que el conductor ebrio vire bruscamente hacia el lado de la carretera que no le corresponde, en dirección al carril de un auto. Puede que deje muertos o heridos los miembros de una familia, que serían víctimas

inocentes de la temeridad criminal de un borracho.

El hecho de que la gente viva tan cerca unos de otros en tan grandes cantidades aumenta el poder de las malas acciones de un solo individuo para causar sufrimiento. Puede que usted diga: «¿Por qué debo ser yo incluido en las consecuencias de los errores y malas acciones de otro? ¿Por qué debo sufrir yo por sus maldades?». Suponga que usted pudiera vivir tan aislado de los demás que ninguno de los males del mundo podría afectarle en modo alguno. Perdería también las bendiciones y los privilegios con que los demás contribuyen a su vida. Algunas de nuestras más enriquecedoras experiencias provienen de asociarnos con los demás. Hasta para las necesidades de la vida dependemos de los demás. Sin estas relaciones interpersonales, ¡cuán pobres serían nuestras vidas! No podríamos recibir las bendiciones y privilegios de una vida colectiva mientras rechacemos los riesgos que supone el vivir cerca unos de otros.

EL EFECTO DEL SUFRIMIENTO EN EL CARÁCTER

Otra percepción que se tiene del sentido del sufrimiento reside en el hecho de que el dolor puede ser un remedio en sí —esto es, puede hacer del que sufre una mejor persona. Aunque es cierto que no todo sufrimiento es causado por el pecado, gran parte de él es producido por la maldad.

El hombre se ha engañado a sí mismo creyendo que es bueno y que de ninguna cosa tiene necesidad; no entiende que es espiritualmente un pobre, miserable, desnudo y ciego. A los ojos de un Dios santo que no puede tolerar la iniquidad, el hombre es malo y terco, inflado de orgullo. Al igual que un niño rebelde, el pecador debe ser «quebrantado» de espíritu para someterse a Dios y ser hecho apto para Sus propósitos. Mientras le vaya bien en la vida, puede que la persona no vea razón para renunciar a su error y pecado; esto es parte del engaño del pecado. Por lo general, no es sino hasta que uno es lastimado y atribulado, que uno reconoce la insuficiencia que hay en sí mismo. Solamente entonces es que se sacude uno de la satisfacción consigo mismo y es obligado a enfrentarse con su verdadera condición espiritual. En este sentido, la adversidad puede tener como propósito el despertar al que ha vivido descuidadamente en el pecado, para que pueda ver su condición de perdido y su necesidad de Dios.

Puede que usted conozca a alguien que rehusó volverse Dios y hacer Su voluntad, pero que cambió su actitud cuando se vio enfrentado con ciertas

tribulaciones. Intelectualmente, él sabía que debía volverse a Dios desde antes de obedecer al evangelio. No hay quien afirme que el sufrimiento es bueno en sí mismo, pero lo bueno de cualquier período de sufrimiento es la sumisión a la voluntad de Dios. El sufrimiento puede hacer que una persona esté más dispuesta a reconocer cuán equivocados han sido sus caminos, y cuánto necesita la gracia redentora de Dios.

El sufrimiento tiene poder para embellecer y ennoblecer el carácter y el espíritu del que sufre: «Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados» (Hebreos 12.11). A través de nuestros problemas se nos lleva a descubrir nuevas fuentes de poder y de fortaleza en Dios. Tal vez la vida siempre ha sido fácil para nosotros. Al llenarnos de un sentimiento de nuestra propia importancia, hemos andado por nuestros obstinados caminos, tan sólo para descubrir, por medio de alguna experiencia trágica, cuán terriblemente débiles somos. De una experiencia así, surge una mayor capacidad para vivir la vida con propósito. Si no hubiera problemas, penas, aflicciones ni sufrimiento, no seríamos desafiados a ser valientes, pacientes, resistentes, sacrificados y compasivos; pues estas cualidades del carácter se desarrollan mejor en un ambiente de sufrimiento. Si usted pregunta por qué, no le podré dar más respuestas. Lo único que puedo decir es que esta es la forma como Dios hizo el mundo, y Él es el que mejor sabe lo que hace.

EL EJEMPLO DE CRISTO

El sufrimiento fue necesario para ser redimidos del pecado, pues no podría haber habido perdón sin la cruz. ¡Cuán gran ejemplo dio Cristo al soportar de una forma calmada y valiente la humillación y la vergüenza de lo que parecía el triunfo del mal! «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2ª Corintios 5.19a). Dios no podía perdonarnos sin los padecimientos de su amado Hijo, el Hijo que es Dios Encarnado. ¡Cuán contundente victoria obtuvo el Hijo en Su resurrección, al vencer la muerte y los poderes del mal y al garantizar el triunfo final de los redimidos! Cuando nos percatamos de que Aquel que fue clavado en la cruz es el mismo que dijo: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14.9), entonces nos damos cuenta de que no

hay dolor ni sufrimiento del espíritu humano que escape a su conocimiento o entendimiento. El apóstol Pedro encontró en el sufrimiento de Cristo el siguiente mensaje para nosotros:

Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente (1ª Pedro 2.20-23).

Ningún hombre que siga las pisadas de Jesús puede esperar que se va a librar de sufrimiento. Dios y su Hijo sufrieron mucho al redimirme de mis pecados. Si Dios pudo transformar la vergüenza de la cruz en gloria y victoria, me puede ayudar a transformar mis cruces de tristeza y adversidad en coronas de gloria y de hermosura.

EL CIELO COMO PARTE DE LA SOLUCIÓN

Una última palabra debe decirse en relación con el sufrimiento humano: Ella es la palabra «cielo». «Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (2ª Corintios 4.17). En la tierra no se termina de contar toda la historia del sufrimiento humano. Más allá de esta vida con sus aflicciones y lágrimas, hay un reino de puro deleite. Allí toda lágrima de nuestros ojos será enjugada, y toda tristeza se convertirá en gozo.

Jesús llevó sobre sí el peso de la cruz para que yo pudiera tener ese hogar. Los apóstoles y los mártires soportaron encarcelamientos y persecuciones para poder conservar para nosotros la buena nueva de vida eterna. En mi viaje hacia ese hogar, al fijar mis ojos en esa ciudad, cuyo arquitecto y constructor es Dios, descubro que el peso que cargo es cada vez menor. Puedo ver más allá de las luchas y desilusiones de esta vida y saber que «lo mejor todavía está por venir».

¹ Mary Baker Eddy (1821-1910) fue parte de un movimiento de «sanidad mental» de los Estados Unidos y con el tiempo fundó el movimiento de Ciencia Cristiana. Ella publicó sus ideas sobre sanidad espiritual en 1908 y estableció el periódico llamado *Christian Science Monitor* (*Monitor de Ciencia Cristiana*).